

naturaleza, está en grado de dar todavía a Europa ese «suplemento de alma» que la hace capaz de una auténtica *novedad*. Ello puede ser «si la vida consagrada mantiene la fuerza profética que le es propia, convirtiéndose en el interior de una cultura en fermento evangélico capaz de purificarla y hacerla evolucionar» (cfr. VC, 80).

4. En referencia a las grandes tendencias de la sociedad europea, los consejos evangélicos son un correctivo elocuente, una propuesta de contracultura evangélica, una terapia espiritual que surge a ventaja de Europa que, en este momento, parece dirigirse hacia la aridez intelectual y moral.

El Santo Padre, en su exhortación apostólica *Vita consagrada*, ha ilustrado dicha función de la vida consagrada frente a los tres desafíos de siempre: el desafío de la cultura hedonista, el desafío de un materialismo ávido de poseer y el desafío de la libertad separada de su relación con la verdad (cfr. VC 87).

Son desafíos «que tocan directamente los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia», desafíos que piden a las personas consagradas «que se pongan de relieve y que testimonien el profundo significado antropológico. La elección de estos tres consejos, de hecho, lejos de constituir un empobrecimiento de los valores auténticamente humanos, se propone, más bien, como una transfiguración de los mismos».

5. La vida consagrada reclama, sobre todo hoy, como siempre, la cuestión verdaderamente decisiva: Cristo, único Salvador, debe proclamarse con las palabras pero, aún más, con la vida. Reclama la necesidad de que, para amar a Dios —y en Dios a los otros— se puedan y se deban hacer las más grandes renunciaciones.

Estos son los valores decisivos que ella proclama también a Europa hoy, como ayer, aunque con modalidades de presencia distintas, en los aeropágos modernos.

Por esto la vida consagrada, indispensable para la evangelización de la nueva Europa, debe conocerse mejor, apreciándola, cultivándola, promoviendo, ayudándola a ser ella misma en la fidelidad a los respectivos carismas de fundación. ■

(Texto facilitado por la Sala de Prensa de la Santa Sede. Original: italiano.)

LA UNIDAD DE LA IGLESIA REQUIERE VINCULOS DE COMUNION MANIFIESTOS

Intervención de monseñor Javier Echevarría Rodríguez, prelado de la Prelatura personal del Opus Dei (4-10-99)

«Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Santo de Dios» (Jn 6, 68). Este gran mensaje de fe y esperanza hemos de hacerlo presente hoy día, con renovada fuerza, ante todos los hombres y todas las mujeres que habitan las tierras de Europa. Para eso, la Iglesia debe ofrecer ante todo un nítido ejemplo de comunión plena en la fe, en el culto y en la disciplina.

Como ha subrayado con fuerza y claridad la *Relatio Generalis*, sólo desde una fe y una moral, aceptadas sin reservas, se puede emprender la nueva evangelización que está esperando nuestro continente. En consecuencia, se hace cada vez mayor nuestra responsabilidad pastoral en relación a la credibilidad de la Iglesia, en la que han de brillar aquellas cualidades teológicas innatas e inamissibles, que expresan su íntima condición sacramental; la unidad, la santidad, la catolicidad y la apostolicidad.

La unidad de la Iglesia requiere que sean manifiestos los vínculos de comunión; es decir, la profesión de una misma fe, la celebración común de los sacramentos, y la sucesión apostólica por medio del sacramento del Orden. La evidencia de unidad sin sombras en cada Iglesia local, de las Iglesias locales entre sí, y de todas ellas con la Iglesia de Roma, atrae a las personas de buena voluntad y promueve una unidad aún más intensa. Es también cierto, por desgracia, lo contrario, y eso debe estimular nuestro sentido de responsabilidad.

La santidad de la Iglesia debe manifestarse en su decidido combate contra el pecado personal y sus consecuencias individuales y sociales. Tiene una gran importancia pastoral ayudar a los fieles en esa lucha, pues si se debilita en su conciencia



Monseñor Echevarría, prelado del Opus Dei.

el sentido del pecado queda debilitado también el entero testimonio evangelizador de la Iglesia ante la sociedad. Debe darse, pues, un relieve especial a la pastoral del sacramento de la Penitencia.

La catolicidad y la apostolicidad de la Iglesia, que dicen evidente referencia a la extensión de la misión de la Iglesia y a su radicación en la sucesión apostólica, deben manifestarse también como «romandado» —si me es permitido expresarlo así—, entendida ésta como un profundo sentido de orientación y de respetuosa atención hacia la Sede de Pedro. Cuanto más se advierta esa «romandado» en la existencia cotidiana de los Pastores y de los demás fieles, tanto más eficaz será nuestra contribución a la edificación de la Iglesia en Europa y, desde Europa, en el mundo entero. ■

(Texto facilitado por la Sala de Prensa de la Santa Sede. Original: italiano.)